

Carne de pollo con papa

La cuchara entró a la boca y con ella años de vida pasaron ante sus ojos. Aquel sabor que se adueñaba de sus sentidos era tan familiar como la imagen genérica que aparece en todos los portarretratos nuevos. La lágrima que le corría por el rostro, gastada en su caída, dejaba la estela de lo que pronto desaparecería. La primera vez que experimentó aquella sensación fue mucho tiempo atrás.

Con las rodillas ensangrentadas al llegar de la escuela no encontró a nadie en casa. Le pareció por un momento oír el sonido de los zapatos de alguien que subía por las escaleras que daban a la cocina. Era ella, la única persona en este mundo que lo conocía como nadie, la que con sus palabras y su amor era capaz de vencer cualquier obstáculo o tristeza. Era la misma que no comprendió cuando le dijo que quería cambiar de colegio y que insistió una y otra vez hasta dar con la causa. Una pelea en el colegio era suficiente razón para querer cambiar su vida. Solo en el aula de clases, motivo de burlas para muchos, pieza de un rompecabezas que no había encontrado aún, fue retado a pelear por motivos que no conocía. Sus manos como dos alas lo sostuvieron y consolaron su dolor. Su amor forjó en él la valentía que lo hizo asistir al otro día a clases y fue el motivo de la muerte de una pobre gallina que terminó en la olla para la cena aquella noche.

Sentado en un banquillo, que no permitía que sus pies tocaran el suelo, iba quitándole la cáscara a los ajos mientras veía el vapor del agua tratando de escapar por la ventana abierta. El ardor que provocaban las cebollas en sus ojos era peor que el que había sentido cuando le curó las heridas. Le resultó maravilloso ver como terminaba aquel conjunto de ingredientes convertido en algo único. Una hora después, sobre el mantel limpio, yacía la imagen de un plato humeante que calentaba hasta el más destrozado corazón.

Quizás no tenía ni la más mínima idea en aquel entonces de la profunda emoción que le causaría años después el mismo sabor. Hacía meses que intentaba encontrar el toque perfecto, aquella pizca de personalidad que le faltaba a aquel plato. Hoy lo había conseguido. A su mente venía el olor a lluvia, el biberón de leche fría con mermelada de guayaba y el miedo apaciguado por las caricias. Tanto cabía en aquella porción de comida efímera que decidió guardar ese momento para siempre. En medio de aquel instante le parecía que aún no había perdido a su madre.